III- Sonidos de guitarra por la Carrera del Darro / guitar sounds

La niña de las trenzas, miraba fija y muy atenta al hombre de la túnica blanca. Cuando éste pronunció las últimas palabras, se produjo un momento de silencio. Y justo en este intervalo de tiempo, comenzó a oírse una música muy suave y dulce. Acordes y notas de guitarra que parecían acariciar al viento. Durante unos segundos, la pequeña escuchó con admiración los delicados sonidos que parecían brotar como del río y luego dijo al hombre:

- Tengo varias preguntas que me gustaría hacerte pero entre ellas, hay tres cosas que me intrigan mucho. ¿Puedo preguntarte?

- Pregúntame lo que quieras.

Y la pequeña, sin más rodeos:

- El otro día y hoy, me hablaste y hablas de ella como si hubiera sido para ti la persona más importante. ¿Por qué la recuerdas tanto?

Y sin más, el hombre confesó:

- Lo que en ella vi, lo que me mostró y compartimos, fueron cosas muy sencillas pero bellas. Como salidas de lo más limpio y sincero de su corazón. Y esto, la belleza, es algo que pertenece al mundo de los sueños, al cielo que todos los seres humanos esperan, a la eternidad, en definitiva, al Creador de todo lo que existe. Por eso siempre pensé y sigo pensando que la belleza que de ella salía era esencia divina. De sus palabras, comportamientos, y más cuando tocaba la guitarra, en todo momento manaba poesía, cielo, eternidad. Y esto siempre llena de gozo, eleva y nunca, nunca muere.

Con sus manos, la pequeña restregó un poco sus ojos como dando a entender que, aunque no alcanzaba a comprender bien lo que el hombre le decía, sí notaba que había en ello bondad. La delicada música, seguía resonando como de fondo y llenando toda la profunda quietud que por el rincón, calle, cauce del rio, bosque en la umbría y la Alhambra coronando, se palpaba. Dijo la niña de nuevo:

- Dos preguntas más, muy importantes para mí, tengo que hacerte. ¿Puedo?

- Claro que puedes.

- Es que también me gustaría saber por qué esta noche estás sentado en este trozo del muro del río y miras con tanto interés a la pequeña calle que hay al frente.

Directamente el hombre respondió:

- Justo aquí, donde yo ahora mismo estoy sentado, me esperaba aquella tarde. Habíamos quedado para hacer algunas grabaciones de los temas que interpretaba con su guitarra. Como cada tarde en los fines de semana, a las cuatro en punto, cuando yo pisaba ya la Plaza de Santa Ana con mi mochila a las espaldas, miraba ilusionado. Y en cuanto me acerqué un poco por esta Carrera del Darro, la vi aquí sentada. Me dije al verla: “Como siempre, nunca se retrasa ni falta al encuentro. Hay en su corazón algo hermoso que regala con elegancia”.

Tenía su guitarra apoyada sobre este muro, sus pies colgaban calzados con zapatillas azules blancas, su vestido era corto en tono rosa y florecilla blanca y recogía su dorado pelo en dos pequeñas trenzas que caían por ambos lados de la cara. Miraba como entretenida y al verme, dibujó una limpia y sincera sonrisa. Solo estar a su lado, mi corazón se llenó de vida y dentro de mi alma, agradecí al cielo. Sin más, le regalé un abrazo y luego comenzamos a subir por esta calle hacia el Paseo de los Tristes. En el famoso y antiguo puente del Aljibillo, paramos un momento. Descolgué mi mochila, saqué de ella una pequeña bolsa y le ofrecí un poco de alimento. Casi siempre que nos encontrábamos, le traía algo para comer con el deseo de que saboreara las comidas de la cultura de este país, región y ciudad.

En esta ocasión, la ofrecí unos dátiles, envueltos en lonchas de jamón serrano y algo fritos en aceite de oliva. Los probó primero y luego comió cinco o seis diciendo:

- Están ricos. Nunca antes había comido yo esto.

Compartimos luego una manzana y algo después, subíamos por la cuesta del Rey Chico. Portada ella su guitarra y a intervalos, se paraba y miraba para el barrio del Albaicín. Desde esta cuesta, hay vistas muy hermosas de este barrio. Observaba en silencio y no decía nada. Silencio que estaba lleno de mensajes que, aunque de alguna manera intuía, nunca puedo descifrar porque no compartió conmigo.

En el rincón de la puerta del arrabal en la muralla del Alhambra, paramos y, junto a la corriente del pequeño riachuelo que por ahí corre, se puso a tocar su guitarra. Nos miraba majestuosa la imponente Torre de los Picos y nos arropaban con sus sombras, las higueras y otros árboles que por ahí crecen. Quizá tú sabes que esta Puerta del Arrabal, fue en otros tiempos el camino por donde los reyes de la Alhambra, entraban y salían de sus lujosos palacios al recinto del Generalife, lugar de huertas y casa de recreo en verano. Por esto, cuando de su guitarra comenzaron a brotar las notas y las melodías en llenaron todo este recinto, un mar de belleza revoloteó por todo el espacio. Ella, creo que no fue consciente de ello porque se concentraba, con su cabeza agachada y mechones de pelos cayendo por entre las cuerdas de la guitarra, en las melodías que interpretaba. Creo que no fue consciente pero yo sí percibí que en ese momento, quedaba reducido a la nada toda la historia y hechos del pasado en estos lugares de la Alhambra. La armonía de su música y la fina belleza que de su persona brotaba, eclipsaba

por completo la vida y hechos tanto de los reyes de la Alhambra como de todo su mundo, ejércitos, batallas, personajes, esclavos y gloriosas celebraciones.

Tú quizá no entiendas esto que te digo pero fue tan real y se dio con tanta energía que en ese mismo momento supe que ella materializaba, que daba vida a ese mundo hermoso y espiritual que todos los humanos llevamos en el alma y remite a lo divino, al cielo, a Dios, a lo que es eterno. Me limité a recoger con mi pequeña grabadora, las melodías que interpretaba y cuando ya llevábamos un buen rato sumergidos en esto, miré para la corriente del arroyuelo que chapoteaba a solo unos metros. Vi que por la superficie de las aguas y entre las cristalinas gotas que saltarinas bailaban, brillaban como un ejército de perlas. Como pequeñas flores en todos los colores que danzaban sobre la corriente que caía rumorosa desde la Alhambra hacia este río Darro. Me dije: “Has venido a Granada, persiguiendo un sueño y aunque ni tengas casa, ahora por este arroyuelo de cristalinas aguas, te haces juego y siembras en música tu alma”. Y justo en este momento, sin dejar de arrancar notas de las cuerdas de su guitarra, comenzó a cantar una canción en ruso. Una canción bella pero triste, muy triste.

Concluyó el hombre con estas palabras su relato. La niña lo miraba por completo fija en él y al comprobar que en este momento lloraba, cogió sus manos y le dijo:
- De nuevo ya son tres las preguntas que tengo para hacerte.